

**“DOS BANDERAS”
COMO LUGAR TEOLÓGICO**
Víctor Codina, sj.

1. ENFOQUE Y PERSPECTIVA PARA ESTUDIAR DOS BANDERAS	3
2. EN BUSCA DE UN ENFOQUE TEOLÓGICO PARTIENDO DE DOS BANDERAS	5
3. PROFUNDIZANDO EN LA LÓGICA DE LA BANDERA DE JESÚS	9
4. PRESENCIA DE DOS BANDERAS EN LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA	13
5. ALGUNAS CONSECUENCIAS TEOLÓGICO-PASTORALES	16
NOTAS	23

Este texto corresponde a la ponencia presentada por el autor en el VIII Simposio sobre Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola: *Preámbulos para elegir. Disposiciones para el discernimiento*, que tuvo lugar en Bogotá en octubre de 2008, y que fue publicado en la revista *Apuntes ignacianos* (Centro Ignaciano de reflexión y ejercicios, CIRE, Bogotá), XIX-55 (enero-abril 2009), pág. 66-86.

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • R. de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • tel: 93 317 23 38 • fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas S.L. • ISSN: en trámite • ISBN: 84-9730-218-4 • Depósito Legal: B-16.336-09 • Julio 2009

La Fundació Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona

1. ENFOQUE Y PERSPECTIVA PARA ESTUDIAR DOS BANDERAS

En este Cuaderno, no pretendo presentar un comentario exégetico-espiritual del texto ignaciano de la Meditación de dos Banderas (EE 136-148), texto que doy por supuesto que el lector conoce y sobre el cual ha meditado largamente.

Tampoco deseo establecer la posible conexión existente entre Dos Banderas (control intelectual), las meditaciones de tres binarios (control del aspecto volitivo) y las tres maneras de humildad (dimensión cordial y afectiva).

Tampoco voy a estudiar la relación ascético-espiritual que aparece en Dos Banderas entre los tres escalones que propone el mal caudillo –el tener (la codicia de riquezas), el parecer (el vano honor del mundo) y el ser (la soberbia) (EE 142)– y los contrarios escalones del sermón de Cristo Nuestro Señor –pobreza, deseo de oprobios y humildad (EE 146). Ya otros lo han estudiado de forma competente¹. Eso sería un trabajo más propio de la teología espiritual y de la historia de la espiritualidad.

Tampoco me propongo estudiar la génesis histórica del texto de Dos Banderas, sus fuentes históricas, por ejemplo el influjo del libro *Flos sanctorum* que Ignacio leyó en Loyola, donde se cita la tradición agustiniana sobre la lucha entre los dos amores, entre las dos ciudades, Babilonia y Jerusalén². Esto pertenece más bien a la historia de los Ejercicios.

Ni pretendo tampoco en primera instancia actualizar pastoralmente el texto ignaciano para el ejercitante de hoy, por

ejemplo: revisar el mundo caballeresco ignaciano subyacente a Dos Banderas con una fuerte connotación medieval y feudal de cruzada o desmitificar la demonología ignaciana típicamente medieval, que aparece en los EE y concretamente en Dos Banderas.

Todo ello deberá hacerse, sin duda, de cara a la pastoral, pero no es ésta, ahora, mi intención principal.

Finalmente, tampoco quiero presentar una reflexión filosófica existencial sobre el tema de la elección a la que se ordenan Dos Banderas, explicitando el presupuesto filosófico de la libertad y la necesidad de elegir en la vida, como ha sido ya estudiado entre otros por K. Rahner y S. Decloux.

Mi punto de partida es otro y de algún modo diferente.

Siguiendo a K. Rahner, en su libro *Lo dinámico en la Iglesia*, deseo partir del hecho de que existe una literatura espiritual que es más sabia y profunda que la teología de las escuelas, una literatura donde la fe de la Iglesia se expresa de forma más original que en los tratados teológicos. Esta literatura espiritual no es una simple aplicación desleída de la teología clásica a la vida espiritual, sino la formulación de unas experiencias cristianas, profundamente espirituales y místicas, que unos hombres y mujeres han tenido a la luz del Espíritu³.

Esta literatura espiritual, a la que pertenecen los Ejercicios ignacianos, constituye un lugar privilegiado para la

reflexión teológica. Este lugar teológico, en comunión con los lugares teológicos tradicionales de toda teología (Biblia, Tradición, Magisterio), historiza y complementa la comprensión del misterio de la fe cristiana. Es un lugar hermenéutico que nos hace comprender mejor el evangelio de Jesús.

Consiguientemente, no pretendo hacer una reflexión teológica “sobre” Dos Banderas sino “a partir” de Dos Banderas. No pretendo, por ejemplo, aplicar a Dos Banderas lo que tradicionalmente dice la teología acerca de la lucha escatológica y apocalíptica que se da en la historia de salvación entre Jerusalén y Babilonia, entre la gracia y el pecado, entre el bien y el mal. No es que esto no se pueda e incluso no se deba hacer, pero no creo que éste sea el genuino “background” o contexto ignaciano para comprender esta meditación, sino que me parece que esto es más propio de la Primera semana de Ejercicios, que se centra en el tema del pecado y la salvación en Cristo.

Lo que desearía es descubrir en Dos Banderas algo más profundo, hallar una intuición de fondo válida para la teología cristiana. ¿Qué es lo que Ignacio quiere y puede decir a la teología cristiana a partir de su experiencia espiritual y mística expresada concretamente en esta meditación?

Esto nos ayudará también a una mejor comprensión de la espiritualidad cristiana y a poder vivir una praxis cristiana más evangélica.

2. EN BUSCA DE UN ENFOQUE TEOLÓGICO PARTIENDO DE DOS BANDERAS

Para poder descubrir y conocer el enfoque teológico de Dos Banderas es indispensable partir del texto ignaciano y, concretamente, de lo que se expresa en la petición de la meditación de Dos Banderas, donde se refleja la profunda intención de Ignacio: «demandar lo que quiero; y será aquí pedir conocimiento de los engaños del mal cautillo y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para le imitar» (EE 139).

2.1. Evitar los engaños

El objetivo ignaciano de esta meditación no es preguntar al ejercitante si va a optar por Jesús o por Satanás, como a veces puede parecer en una primera impresión al escuchar hablar de Dos Banderas: la de Cristo y la de Lucifer. Esto se supone adquirido al final de la Primera semana. La intención ignaciana es otra, más sutil y profunda, es ayudar al ejercitante a un discernimiento, que es más propio de la Segunda Semana.

Ignacio, como buen maestro de la sospecha, conoce la complejidad del

psiquismo humano, el peligro de las ilusiones a las que el ejercitante puede estar enfrentado. En las reglas de discernimiento para la Segunda semana (EE 328-336), Ignacio habla claramente del peligro del engaño encubierto, pues el ángel malo intenta *sub angelo lucis*, bajo apariencia de bien, engañar al alma (EE 322). De este modo, el enemigo de natura humana puede dar falsa consolación, para así apartar al ejercitante del camino de Jesús y de la vida verdadera que él nos muestra.

En esta mediación Ignacio no pretende exhortar al ejercitante simple-

mente a que sea fuerte en la lucha, que resista y no sucumba ante las tentaciones claras que el enemigo le ofrece, como «delectaciones y placeres sensuales» (EE 314) que son más propias de Primera semana. Lo que quiere Ignacio es algo previo a la elección, evitar los engaños, no sea que el ejercitante, creyendo que opta por la Bandera de Jesús, opte de hecho por la contraria. Lo que quiere Ignacio es que no se confunda el Reino de Jesús con el poder, el prestigio y la riqueza mundana, sino que se capte lo nuclear de la Bandera de Jesús. Dicho brevemente, Ignacio quiere que el ejercitante no confunda al Dios verdadero bíblico con un falso ídolo mundano.

Una aproximación a la Escritura desde la óptica ignaciana de la sospecha de que existen posibles engaños en el seguimiento de Cristo nos ayudará a una visión más auténtica y profunda de la Escritura; y a su vez, el Evangelio leído desde esta óptica nos confirmará en la validez de la intuición ignaciana. Estamos en pleno círculo hermenéutico: el Evangelio “según San Ignacio” enriquece nuestra lectura de la Escritura y ésta nos confirma que Ignacio tenía razón. Los Ejercicios no son un curso de teología bíblica, sino un modo de acceder al mensaje de la Escritura desde la experiencia ignaciana. Es una forma de leer el evangelio “según San Ignacio”.

2.2. El bautismo y las tentaciones de Jesús

Para penetrar en el enfoque teológico que se oculta en el texto ignaciano, pro-

pongo partir del episodio bíblico de las tentaciones de Jesús, que los sinópticos nos narran a continuación del bautismo de Jesús en el Jordán (Mt 4, 1-11; Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-13).

Las tentaciones de Jesús son vistas por la exégesis y por la cristología moderna en estrecha conexión con su bautismo. El bautismo de Jesús implica una profunda experiencia espiritual muy ligada a su actitud humilde de acercamiento al Jordán con la gente sencilla del pueblo que busca en el bautismo de Juan una purificación de sus pecados. Jesús baja al Jordán, en un gesto de descenso que resume su descenso del cielo a la tierra, su *kénosis*, que anticipa la cruz y su descenso a los infiernos, como lo han intuido los Padres de la Iglesia. Es un descenso a las aguas de la muerte. Pero Jesús, luego de bajar a las aguas del Jordán, sube del río, pasa del agua como lugar de muerte al agua como símbolo de la vida, como en el Éxodo de Israel, anticipando así litúrgicamente la Pascua, su “paso” de la muerte a su gloriosa resurrección y su ascensión al Padre.

Al salir del Jordán, Jesús experimenta una teofanía que revela su misterio más profundo y que anticipa la Pascua. Jesús es proclamado oficialmente el Hijo del Padre y sobre Él desciende el Espíritu (Mt 3, 13-17; Mc 1, 9-11; Lc 3, 21-22). Jesús se siente verdaderamente el Hijo del Padre, del *Abbá* y se experimenta lleno de su Espíritu. Es la experiencia mesiánica fundante que marcará toda su vida: gozo, confianza, disponibilidad, fe profunda, fidelidad total, docilidad incondicional al Padre y a su designio de salvación.

Según los Padres de la Iglesia, Jesús, en el bautismo, al recibir el Espíritu, es ungido, es consagrado para su misión, es constituido Mesías, en analogía con la unción de reyes y profetas en el Antiguo Testamento. Jesús de Nazaret, a partir de su bautismo, es el Mesías, el Cristo, que significa el Ungido.

Desde esta premisa se comprende el sentido profundo de la ida de Jesús al desierto, que Lucas narra como fruto de la moción del Espíritu: «Jesús lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán y era conducido por el Espíritu al desierto, durante cuarenta días, tentado por el diablo» (Lc, 4, 1-2).

Tradicionalmente, las tentaciones de Jesús se han comentado en un sentido moralizante; se acostumbra a decir que Jesús nos quiere dar ejemplo de cómo superar nuestras tentaciones cotidianas. Se repite que frente a Adán, que sucumbió ante la tentación de paraíso, y frente al pueblo de Israel, que cayó en la tentación en el desierto, Jesús nos da ejemplo de fortaleza venciendo las tres tentaciones. No es falsa esta visión, pero no nos parece que capte en toda su profundidad el sentido de las tentaciones de Jesús.

En el fondo, de esta concepción moralista subyace una cristología un tanto monofisita de Jesús, como si no fuera hombre de verdad, en todo semejante a nosotros menos en el pecado (Hb 4,15). Esta visión incorrecta de Jesús nos hace pensar que él ya conocía de antemano todo su futuro y que no tenía necesidad de discernir ni de tomar postura ante su futura misión.

Dejamos a la exégesis crítica el determinar la distinción entre lo histórico

de este acontecimiento y el género literario usado por los sinópticos en la narración de las tentaciones, pues según muchos exegetas no se puede negar que todo el conjunto de las tentaciones expresa una elaboración teológica de la comunidad cristiana, un auténtico *haggadá*. Lo que parece teológico e históricamente cierto es afirmar que Jesús, después del bautismo, de algún modo tuvo que reflexionar y discernir sobre cuál sería su estilo mesiánico, qué tipo de mesianismo asumiría para su misión en su vida pública.

Desde este punto de vista, las tentaciones no son simplemente una prueba en la que Jesús vence al maligno, no son tentaciones de orden moral, sino que son opciones teologales, un momento de discernimiento, en oración, en soledad, ante el Padre que le ha proclamado su Hijo, bajo el impulso del Espíritu. No son tanto una prueba a superar (*peiras-mós*) cuanto un proyecto que se debe discernir (*diakrisis*). Es un auténtico discernimiento espiritual de cara a una lección mesiánica de su misión.

Siguiendo a J. A. Pagola, podemos afirmar que «las tentaciones no son de orden moral. Su verdadero trasfondo es más hondo: la crisis pone a prueba su actitud ante Dios: ¿Cómo ha de vivir su tarea?, ¿Buscando su propio interés o escuchando fielmente su Palabra? ¿Cómo ha de actuar? ¿Dominando a los demás o poniéndose a su servicio? ¿Buscando su propia gloria o la voluntad de Dios?»⁴.

En las tentaciones de Jesús no se oponen directamente Dios y Satán, sino dos mesianismos, dos estilos de misión. El enemigo quiere vincular el ser Hijo

de Dios, atestiguado por el Padre y el Espíritu en el bautismo, con el poder económico (convertir las piedras en pan), con el poder religioso (dejarse caer del pináculo del templo) y con el poder político (dominar todos los reinos de la tierra). A Jesús se le ofrece la posibilidad de un mesianismo desde el centro, desde arriba, desde el poder y el prestigio religioso y social, un mesianismo triunfalista y glorioso, como el que muchos de sus contemporáneos esperaban.

Podríamos decir con Aloysius Pieris que lo que Jesús vive en las tentaciones es el conflicto entre Dios y Mamón⁵, es decir entre dos imágenes de Dios, entre el rostro auténtico del Padre y las imágenes idolátricas de Dios. Es una lucha de dioses.

2.3. Conclusión: dos mesianismos

Las tentaciones son pues expresión de la oferta de dos tipos de mesianismos posibles, dos proyectos, dos lógicas. Estas dos lógicas son las que Ignacio formula como Dos Banderas.

Por un lado, está la lógica de la autosuficiencia, de la seguridad, de una racionalidad sin misterios, triunfalista,

evitando conflictos con el poder político y religioso, ajena al sufrimiento del pueblo, en la línea de los profetas cortesanos del Antiguo Testamento que profetizaban lo que complacía al rey, una lógica que supone adaptación al “sistema”, ser servido antes que servir

Y por otro lado, aparece la lógica de la solidaridad, desde el margen y la periferia de la sociedad política y religiosa, desde el pueblo, desde abajo, viviendo la filiación y la confianza en el Padre, en gratuidad, en un estilo de sencillez y pobreza alternativo al “sistema”, optando por servir antes que ser servido, una lógica de inclusión y de vulnerabilidad ante el sufrimiento del pueblo, en la línea del Siervo de Yahvé y de los grandes profetas de Israel.

Jesús escoge la lógica de la solidaridad, desde abajo. Opone a las tentaciones de poder y prestigio, la obediencia a la Palabra de Dios que presenta otra óptica, en la línea profética de pobreza y humildad.

Pero esta opción de Jesús no es voluntarista, sino que es fruto de la experiencia bautismal del sentirse Hijo bajo el poder vivificador del Espíritu, del Espíritu del Padre que le llevará a actuar bajo su impulso.

3. PROFUNDIZANDO EN LA LÓGICA DE LA BANDERA DE JESÚS

A partir de este discernimiento y opción, el mesianismo de Jesús se manifiesta como “diferente” de lo que muchos esperaban en Israel. Jesús es Jesús de Nazaret, el Galileo, el Nazareno, pero tanto Nazaret como Galilea no son una mera connotación geográfica, sino teológica, son una opción por una vida humilde y pobre, la vida de un campesino de un lugar desconocido y despreciado por los grandes de este mundo: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn 1, 46). Es lo que Pablo llamará *kénosis* (Flp 2, 8), locura y sabiduría de Dios frente a la sabiduría mundana (1 Cor 1,17-31).

3.1. Claves evangélicas de la bandera de Jesús

Seguramente podemos conocer mejor el sentido del discernimiento de Jesús entre estas dos lógicas o estilos mesiánicos si recorremos algunos pasajes evangélicos, ya que este discernimiento de Jesús en el desierto marcará y determinará toda su vida.

– Frente a la petición de la madre de los hijos de Zebedeo de que sus hijos

ocupen los primeros puestos, Jesús les habla de beber el cáliz, de ser bautizados con su bautismo de muerte (Mt 20, 20-23; Mc 10, 35-40)

– Cuando los discípulos discuten sobre quién es el mayor, Jesús les dice que él está en medio de ellos como el que sirve (Lc 22,24-27), que el más importante es el más pequeño, el que se hace como un niño (Lc 9,46-48), que los discípulos no han de ser como los jefes de las naciones de este mundo que oprimen

y buscan poder, sino que el primero ha de ser el último, como el Hijo del hombre que ha venido a servir, no a ser servido (Mc 10, 41-45). La escena del lavatorio de los pies, ejemplifica esta actitud de Jesús (Jn 13, 1-20)

– Cuando después de la profesión de fe de Pedro, Jesús les anuncia su pasión y Pedro intenta alejarle de este trágico destino, Jesús pide a Pedro que se aparte de su vista y le llama Satanás. El Pedro-roca se ha convertido en piedra de escándalo para Jesús, porque sus pensamientos no son los de Dios (Mt 16, 21-23; Mc 8, 32-33)

– Cuando después de la multiplicación de los panes, según el evangelio de Juan, el pueblo le quiere hacer rey, Jesús huye al monte, solo (Jn 6, 14-15).

Lucas, después de narrar las tentaciones de Jesús, nos presenta la visita de Jesús a Nazaret, donde aparece de forma programática su misión futura (Lc 4, 16-39). Es un programa en la línea del profeta Isaías (Is 61), que se concreta en anunciar a los pobres la buena nueva, liberar a los cautivos, dar vista a los ciegos, liberar a los oprimidos y proclamar un año de gracia. Y todo ello porque el Espíritu ha descendido sobre él y le ha ungido.

Y a continuación, el evangelista nos describe la praxis de Jesús: predica con autoridad, cura a endemoniados y enfermos, llama a discípulos, come con pecadores, muestra la novedad de su misión (Lc 4, 31-5,39).

Se podría proseguir todo el evangelio y se vería que el discernimiento de Jesús, su opción nazarena, produce vida, «la vida verdadera» que Ignacio atri-

buye al «sumo y verdadero capitán» (EE 139).

Las bienaventuranzas, carta magna del Reino que Jesús anuncia, nos muestran que el estilo de vida de Jesús produce vida y felicidad, en contraste con la lógica del mundo que produce dolor y desconsuelo: ay de los ricos, ay de los que están hartos, ay de los que ríen ahora, ay de los que sólo reciben alabanzas (Lc 6,24-26). A éstos les es más difícil entrar en el Reino que pasar un camello por el ojo de una aguja (Mc 10, 25).

La Bandera de Jesús, en cambio, es la bandera de los pobres de espíritu (Mt 5, 1-12) y de los pobres sociológicos (Lc 6, 20-23), es una bandera que genera alegría y gozo: los que se acogen a esta bandera, son felices, son bienaventurados.

Pero esta elección de Jesús a la larga le va a producir conflictos. Es un enfrentamiento entre Jesús y el poder idólatrico del dinero, entre Dios y Mamón (Mt 6,24; Lc 16, 13; Lc 16,9.11). Por esto, la opción de Jesús no sólo encuentra dificultades con sus discípulos, sino con la Teocracia judía (Anás y Caifás) y el Imperio romano (Pilato y Herodes): se anuncia la Pasión. La bandera de Jesús es claramente conflictiva. Por esto Lucas, en la narración de la visita de Jesús a Nazaret, preanuncia ya el conflicto final: sus paisanos le quieren despeñar (Lc 4,29-30). La sombra de la cruz se cierne desde el comienzo del evangelio. Ignacio, en coherencia con esta visión, presenta la cruz ya desde la contemplación del nacimiento (EE 116).

Un gesto simbólico y profético de Jesús va a tener trágicas consecuencias para su vida. Cuando Jesús expulsa a los mercaderes del templo (Mc 11, 15-19;

Jn 2, 13-22), ataca todo el sistema religioso, económico y político de Israel, contrario al Dios del Reino. Esto le acarreará su futura muerte (Mc 11, 18).

Siguiendo a J.A. Pagola podemos afirmar: «La razón de fondo (de la condena y crucifixión de Jesús) es clara. El reino de Dios defendido por Jesús pone en cuestión al mismo tiempo todo aquel entramado de Roma y el sistema del templo. Las autoridades judías, fieles al Dios del templo, se ven obligadas a reaccionar: Jesús estorba. Invoca a Dios para defender la vida de los últimos. Caifás y los suyos lo invocan para defender los intereses del templo. Condenan a Jesús en nombre de su Dios, pero, al hacerlo, están condenando al Dios del reino, el único Dios vivo en el que cree Jesús».

Lo mismo sucede con el Imperio de Roma. Jesús no ve en aquel sistema defendido por Pilato un mundo organizado según el corazón de Dios. Él defiende a los más olvidados del Imperio; Pilato protege los intereses de Roma. El Dios de Jesús piensa en los últimos; los dioses del Imperio protegen la *pax romana*. No se puede, a la vez, ser amigo del Jesús y del César; no se puede servir al Dios del reino y a los dioses estatales de Roma. Las autoridades judías y el prefecto romano se movieron para asegurar el orden y la seguridad. Sin embargo no es sólo una cuestión de política pragmática. En el fondo, Jesús es crucificado porque su actuación y su mensaje sacuden de raíz ese sistema organizado al servicio de los más poderosos del Imperio romano y de la religión del templo. Es Pilatos quien pronuncia la sentencia: «Irás a la cruz». Pero esa

pena de muerte está firmada por todos aquellos que por razones diversas se han resistido a su llamada a «entrar en el reino de Dios»⁶.

En toda la pasión se va manifestando el contraste entre las Dos Banderas, entre la Bandera de Jesús y la del enemigo, la Bandera del “sistema” personificado en la teocracia judía y la *pax romana*, entre el proyecto mesiánico de Jesús y el proyecto mundano, Mamón. Es el poder religioso y político lo que provocará la muerte de Jesús:

– Cuando en la pasión, Pilato ofrece la disyuntiva de liberar a Jesús o a Barrabás, y el pueblo elige a Barrabás (Mt 27,15-26; Jn 18, 39-40), en el fondo se enfrentan los dos mesianismos, el de Jesús de Nazaret y el de Barrabás que según la investigación actual no era simplemente un bandido, sino un combatiente de la resistencia, una especie de guerrillero, en la línea de los zelotes. El pueblo, instigado por los sacerdotes, prefiere a Barrabás.

– Cuando, en la cruz, los soldados romanos se burlan de Jesús y le dicen que si es Hijo de Dios baje de la cruz (Lc 23,38) y los sumos sacerdotes le echan en cara que salvó a otros pero que no puede salvarse a sí mismo (Mt 27,41-44), Jesús no baja de la cruz ni se salva, sino que entrega su espíritu en manos del Padre (Lc 23,46).

Y en la resurrección, Dios Padre da la razón a Jesús. El discernimiento del desierto fue correcto y bueno.

Después de su resurrección, a los discípulos de Emaús desilusionados porque con la muerte de Jesús se desvanecían sus esperanzas de que liberase

a Israel, Jesús les llama insensatos, por no creer lo que dijeron los profetas (Lc 24, 21-25).

3.2. El estilo de Jesús

La Bandera de Jesús es el estilo peculiar de Jesús de Nazaret, un estilo galileo, nazareno.

P. H. Kolvenbach ha estudiado el lenguaje de los Ejercicios en la Tercera semana y ha demostrado que en la “pasión según S. Ignacio”, cuando se oculta la divinidad (EE 196), Ignacio no llama a Jesús el Cristo ni le da nombres gloriosos, como el Señor, sino que le llama el Nazareno, el Galileo⁷.

El Hijo no sólo se encarna –como siempre se afirma de modo muy genérico– sino que se encarna en la carne nazarena de María de Nazaret, vive un estilo nazareno, en la Galilea, región despreciada; Jesús no sólo se hace hombre, sino que se hace pobre. Jesús resucitado cita a sus discípulos en Galilea (Mt 28, 10; 28,16). Esta opción de Jesús, aunque pase por la muerte en cruz, produce vida, «la vida verdadera», en expresión ignaciana. Esta vida está ligada a Galilea, entendida no en su sentido geográfico sino en el teológico y espiritual; es decir, evangélicamente. Es la Bandera de Jesús.

Todo esto será lo que Ignacio, con un castellano toscó, con una mentalidad caballeresca y feudal, muy sensible al honor, con una religiosidad popular de sabor franciscano, con una lectura un tanto literal de la Escritura, con el imaginario teológico medieval sobre la cristología (de corte anselmiano), con la de-

monología típica de su época, con una espiritualidad tradicionalmente ascética... intuirá desde su experiencia mística y formulará en los EE:

– En el coloquio de la repetición de los pecados, Ignacio hace pedir aborrecimiento de las cosas mundanas (EE 63).

– En el coloquio del Reino se piden vituperios y pobreza (EE 98).

– En la coloquio de Dos Banderas se pide ser recibido bajo la bandera de Jesús en pobreza y oprobios (EE 147).

– La tercera manera de humildad consiste en desear y elegir más pobreza, oprobios y ser estimado por loco, con Cristo, que riqueza, honores y prudencia mundana (EE 167).

Esto es lo que se ha llamado la clave kenótica de los EE: el seguimiento del Cristo pobre y humillado, la constante referencia a la pobreza y humildad⁸.

Frente al peligro de que el llamamiento del Rey eterno se comprenda de un modo mundano, triunfalista y glorioso, y que el ejercitante ilusionado por el programa del Reino opte por el poder y la riqueza, Ignacio le propone la meditación de las Dos Banderas: la Bandera de Jesús es la de la pobreza y humildad, es la Bandera de Jesús de Nazaret, la que conduce a la cruz.

Pero precisamente esta Bandera de Jesús, a través de la cruz, es la que lleva a la vida. La Tercera semana desemboca en la Cuarta semana, la cruz es camino de resurrección, de vida verdadera.

4. PRESENCIA DE DOS BANDERAS EN LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Según J.L. Segundo el Ignacio fundador de la Compañía se dejó vencer por el demonio de la historia y de la eficacia y olvidó las Dos Banderas de los Ejercicios y la pobreza de Manresa⁹.

4.1. El don del discernimiento: la inspiración trinitaria

Disentimos de esta interpretación. La experiencia que subyace a las Dos Banderas marcará toda la vida apostólica de Ignacio. Ignacio pide a María «que le ponga con su Hijo» y la experiencia mística de la Storta es la respuesta a esta petición (*Autobiografía* 96). Es Cristo en cruz el que llama a Ignacio a su servicio, según la narración de Laínez¹⁰. Las grandes gracias místicas trinitarias de Ignacio recogidas en su *Diario espi-*

ritual (1544-1545) tienen lugar cuando Ignacio trata de una cuestión de pobreza. Ignacio tiene grandes sentimientos al entender «cómo el Hijo primero envió en pobreza a predicar a los apóstoles, y después el Espíritu Santo, dando su espíritu y lenguas los confirmó, y así el Padre y el Hijo, enviando al Espíritu, todas tres personas confirmaron tal misión»¹¹.

Por todo ello, detrás de la Bandera de Jesús que Ignacio nos presenta en los EE, contrapuesta a la del enemigo, de-

trás de este conflicto entre dos estilos de mesianismos, hay algo más que tácticas espirituales o programas apostólicos. Los Ejercicios son fruto de las experiencias espirituales y místicas de Loyola y sobre todo de Manresa (*Autobiografía* 28-32), que se prolongarán durante toda su vida hasta Roma.

Detrás de la Bandera de Jesús, está la mística trinitaria de Ignacio, la revelación del Padre, del Hijo y del Espíritu. Para Ignacio Dios no es simplemente la Primera causa o el Primer motor, el Ser increado y todopoderoso, como proclamaba la escolástica de su tiempo. La fe cristiana que vive Ignacio no se nutre de ideas claras y distintas, no es una filosofía de cuño helénico.

Ignacio, en el Cardoner (*Autobiografía* 30), experimenta a Dios de un modo nuevo y recibe, según algunos, el don de discernimiento espiritual. Dios es diferente, el Criador y Señor, la Divina majestad, el Dios misterioso e inefable, es misericordioso, vulnerable y compasivo, tal como se nos revela a través de Jesús de Nazaret, es el Crucificado que «de Criador es venido a hacerse hombre y de vida eterna a muerte temporal» (EE 53). El Pantocrátor es el crucificado. Hay una estrecha relación de Dos Banderas con la visión de Cardoner en Manresa, según afirmaciones de Polanco¹² y de Nadal¹³.

Ignacio no aplica a Jesús las categorías escolásticas de Dios, sino que a través de Jesús de Nazaret descubre el verdadero rostro del Padre y la misión del Espíritu.

Como ha desarrollado el P. Arrupe, el carisma ignaciano tiene una profunda inspiración trinitaria¹⁴.

Por esto la mística trinitaria que anima toda la vida de Ignacio es la que nos permite también entender con profundidad toda la fuerza de las Dos Banderas. Frente a la Bandera el enemigo de la naturaleza humana, que lleva a la muerte, está la Bandera de Jesús que lleva a la vida. Frente al poder mundano está la pobreza y humildad del Galileo de Nazaret. Pero esta pobreza que lleva a Jesús a la cruz, está animada por el Espíritu: el Espíritu que recibió Jesús en el bautismo, el que le guió al desierto para ser tentado, el que le ungió para evangelizar a los pobres, es el mismo Espíritu que le resucitará de entre los muertos. Jesús resucita por la fuerza, el dinamismo de Dios. Esta fuerza dinámica en la Biblia es el Espíritu Santo, Señor y dador de vida.

Frente al poder mundano de riqueza y honores, está la fuerza, el poder del Espíritu que da vida. Optar por la Bandera de Jesús, ser recibido bajo su bandera es dejarse llevar por el dinamismo del Espíritu. Este Espíritu es el único que puede producir fuerza, vida, gozo, alegría, paz, verdadera consolación. Ignacio por temor a ser tenido por alumbrado, es muy reticente y parco en hablar del Espíritu. Pero es el Espíritu es que está debajo de toda la mística ignaciana, de los Ejercicios que llama “espirituales” y por tanto también está detrás de las Dos Banderas.

4.2. Una intuición profética para la Iglesia y la Compañía

La intuición de Dos Banderas se retomará en las Constituciones, donde continuamente se insiste en «abaxarse»

(66,2), «aborrecer en todo y no en parte lo que el mundo ama y abraza» y vestirse de la librea de Cristo «como sea la vía que lleva a los hombres a la vida» (101-102), renunciar a las dignidades eclesiásticas (817), mantener la pobreza (816). La Compañía está «*sub vexillo crucis*», bajo el estandarte de la cruz, como reza la Fórmula de la Compañía aprobada por Julio III (n 3).

Nadal sintetiza en un párrafo en qué consiste este seguimiento de Jesús en cruz, un seguimiento que lleva a participar de la resurrección: «Seguimos a Jesucristo que lleva aún su cruz en la Iglesia militante, a quien nos ha dado por siervos su Padre eterno, para que le sigamos con nuestras cruces, y no queramos más del mundo que lo que él quiso y tomó, *scilicet*, pobreza, oprobios, trabajos, dolores hasta la muerte, ejercitando la misión para que Dios a él le había mandado al mundo, que era salvar y perfeccionar las ánimas, con toda obediencia y perfección en todas las virtudes. Mas es muy gustosa nuestra cruz; porque tiene ya el resplandor y gloria de la victoria de la muerte, resurrección y ascensión de Jesús»¹⁵.

Y en la famosa carta que en 1547 Polanco escribe a los jesuitas de Padua, bajo la guía de Ignacio, se afirma gráficamente que «La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno»¹⁶.

La intuición ignaciana expresada en Dos Banderas es realmente profética frente a la Iglesia de Cristiandad de su tiempo, ligada al poder económico y político, con Papas mundanos, que no eran precisamente modelos de moralidad, más guerreros y mecenas renacentistas que pastores, en una Iglesia que había

sucumbido a la tentación del poder. La propuesta de Ignacio expresada en Dos Banderas quiere ser una respuesta a la crisis eclesial de la Iglesia de su tiempo, pero sin romper con la Iglesia institucional, sino buscando una reforma interior, una vuelta al evangelio de Jesús de Nazaret, el Galileo.

Ignacio, sin decirlo, presenta un programa espiritual revolucionario para la mentalidad eclesial de su tiempo, algo sumamente crítico y explosivo para la Iglesia de cristiandad, una verdadera Reforma evangélica de la Iglesia. Ciertos historiadores han contrapuesto de modo un tanto artificial Ignacio a Lutero. Sus experiencias espirituales son, sin embargo, más cercanas de lo que pudiera parecer en un primer instante: ambos pretenden una Reforma de la Iglesia volviendo al evangelio, al Jesús nazareno, al crucificado.

A propósito de la tentación del poder mundano, la tercera tentación según Mateo, J.Ratzinger-Benedicto XVI, en su libro sobre Jesús de Nazaret, afirma que esta tentación va adoptando siempre nuevas formas a lo largo de los siglos. Y añade que «El imperio cristiano intentó muy pronto convertir a la Iglesia en factor político de unificación imperial. El reino de Cristo debía, pues, tomar la forma de un reino político y de su esplendor. La debilidad de la fe, la debilidad terrena de Jesucristo, debía ser sostenida por el poder político y militar. En el curso de los siglos, bajo distintas formas, ha existido esta tentación de asegurar la fe a través del poder, y la fe ha corrido siempre el riesgo de ser sofocada precisamente por el brazo del poder»¹⁷.

5. ALGUNAS CONSECUENCIAS TEOLÓGICO-PASTORALES

La exhortación de volver a Galilea que según los relatos evangélicos de Pascua Jesús dirige a sus discípulos, podría resumir todo cuando hasta ahora hemos dicho. Volver a Galilea no es viajar a una región de Palestina sino retomar la vida del Jesús histórico, volver al marco evangélico de Nazaret, Caná, Cafarnaum, Naim, el lago de Genesaret... donde Jesús de Nazaret, ungido por el Espíritu pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo (Hch 10, 38). Volver a Galilea es regresar a donde todo comenzó (Hch 10, 37), asumir su discernimiento y sus opciones del desierto, proseguir el estilo de Jesús de Nazaret, continuar su misión, ser recibidos bajo su Bandera de pobreza y humildad.

5.1. Volver a Galilea

Desde los lugares donde hoy siguen presentes y vigentes la Teocracia religiosa y el Imperio, no se puede comprender la Bandera de Jesús. Esta Bandera es locura a los ojos del mundo, pero sabiduría y prudencia a los ojos de Dios.

Y en esta sabiduría evangélica estriba la perfecta alegría. Estamos en el meollo de la espiritualidad cristiana, como otros muchos autores han testimoniado. Citemos un famoso texto de la espiritualidad franciscana:

Fray León con grande admiración preguntó a San Francisco:

– Padre, te ruego en nombre de Dios, que me digas en qué consiste la perfecta alegría.

Y S. Francisco le contestó:

– Si cuando hayamos llegado a Santa María de los Ángeles, calados por la lluvia, ateridos por el frío, cubiertos de lodo y aquejados por el hambre, llamamos a la puerta del convento y el portero sale enfadado y nos dice: «¿Quiénes son?» Y nos-

otros le decimos «Somos dos de sus frailes», y él replica: «No dicen verdad, son dos bribones que andan engañando al mundo y robando limosnas de los pobres. Márchense de aquí», y no nos abre, y nos hace pasar la noche a la intemperie con la nieve, el agua y el frío y el hambre; si entonces tanta injuria y tanta crueldad y tantos vituperios los soportamos pacientemente, sin turbación ni murmurar, pensando humilde y caritativamente que aquel portero nos conoce y que Dios le hace hablar contra nosotros, ¡oh Fray León!, escribe que en esto está la perfecta alegría.

Y si nosotros proseguimos llamando y él sale fuera muy indignado y como a malandrines importunos nos echa fuera con vilipendios y bofetadas diciendo: «Váyanse de aquí, infames ladrones, vayan al hospital, que aquí no se les dará ni albergue ni alimentos». Si entonces nosotros soportamos esto con paciencia, con alegría y con amor, ¡oh Fray León! escribe que en esto está la perfecta alegría.

Y si nosotros acosados por el hambre y el frío, y por el rigor de la noche, volvemos a llamar y pedimos por el amor de Dios y con gran llanto que nos abran y nos metan dentro, y el portero más escandalizado dice: «Cuidado con estos bribones! ¡Qué importunos! Yo los castigaré como se merecen», y nos revuelve entre la nieve, y cruda y despiadadamente nos golpea con aquel palo. Si todo esto lo sufrimos con paciencia y alegría, pensando en las penas que

Cristo bendito sufrió por nosotros las cuales nosotros debemos sufrir por su amor, ¡oh Fray León! Escribe que es esto esta la perfecta alegría»¹⁸.

La formulación ignaciana de dos Banderas nos ayuda a leer y comprender mejor el evangelio de Jesús, en sintonía con la tradición de toda la Iglesia. Podríamos citar testimonios patristicos, textos de Benito y Bernardo, de Teresa de Lisieux y Charles de Foucauld que expresan la misma intuición evangélica de volver a la Galilea de Jesús, al Jesús de Galilea...

5.2. Completar el “*magis*” ignaciano con el “*minus*”

Hugo Rahner ha sido el que ha destacado la importancia del “*magis*”, del “más” en los Ejercicios y en la espiritualidad ignaciana: lo que “más” conduce, los que se quieren “más” afectar, el “mayor” servicio, la “mayor” gloria.

Pero si este “*magis*” no se complementa dialécticamente con el “*minus*”, el “menos” tenemos el riesgo de caer en cierto triunfalismo de poder religioso y eclesial. El Reino de Jesús, su proyecto, pasa por el “*minus*” de la Bandera de Jesús, la pobreza y la humildad. Sin esta locura evangélica, el mensaje de Jesús pierde sabor, se mundaniza.

A nivel eclesial, tras la agonía de la Cristiandad y el crecimiento de una sociedad globalizada, secularizada y pluralista en la que muchos cristianos, sobre todo en el mundo desarrollado, viven su fe en la diáspora y en el exilio y constituyen cada vez más una minoría, el mensaje de las Dos Banderas co-

bra una gran actualidad. La lógica de la Bandera de Jesús aparece con más claridad en una Iglesia pobre, libre y de los pequeños.

Josef Ratzinger expresó hace años en un texto profético esta nueva situación eclesial de un futuro que hoy ya ha comenzado:

De la Iglesia de hoy saldrá una Iglesia que ha perdido mucho. Se hará pequeña, deberá empezar completamente de nuevo. No podrá ya llenar muchos de los edificios construidos en la coyuntura más propicia. Al disminuir el número de sus adeptos, perderá muchos de sus privilegios en la sociedad. Se habrá de presentar a sí misma, de forma mucho más acentuada que hasta ahora, como comunidad voluntaria, a la que sólo se llega por una decisión libre. Como comunidad pequeña habrá de necesitar de modo mucho más acentuado la iniciativa de sus miembros particulares.

Conocerá también, sin duda, formas ministeriales nuevas y consagrará sacerdotes a cristianos probados que permanezcan en su profesión: en muchas comunidades pequeñas, por ejemplo en los grupos sociales homogéneos, la pastoral normal se realizará de esta forma. Junto a esto, el sacerdote plenamente dedicado al ministerio como hasta ahora, seguirá siendo indispensable.

Pero en todos estos cambios que se pueden conjeturar, la Iglesia habrá de encontrar de nuevo y con toda decisión lo que es esencial suyo, lo que siempre ha sido su centro: la fe en el

Dios trinitario, en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la asistencia del Espíritu que perdura hasta el fin de los tiempos. Volverá a encontrar su auténtico centro en la fe y en la plegaria y volverá a experimentar los sacramentos como culto divino, no como problema de estructuración litúrgica.

Será una Iglesia interiorizada, sin reclamar su mandato político y coqueteando tan poco con la izquierda como con la derecha. Será una situación difícil. Porque este proceso de cristalización y aclaración le costará muchas fuerzas valiosas. La empobrecerá, la transformará en una Iglesia de los pequeños.¹⁹

La meditación de Dos Banderas con su lógica de la pobreza y sencillez nos ayuda a vivir la fe a la intemperie en la Iglesia de hoy, sin privilegios ni protagonismos, sin apoyo social, sin más luz que la que brota de nuestro interior. En la noche oscura de la fe, en el invierno eclesial que se vive hoy, Dos Banderas nos animan a seguir el Jesús pobre y humilde de Nazaret, bajo la fuerza de su Espíritu.

5.3. Los pobres como lugar teológico privilegiado

Ignacio en los Ejercicios y en concreto en Dos Banderas no alude a los pobres sociológicos ni une la pobreza de Cristo con la de los pobres.

Aunque en la sociedad de Ignacio había pobres e Ignacio ayudó a los pobres de su tiempo, sin embargo no existía la conciencia de la dimensión es-

tructural de la pobreza y de la injusticia que hoy poseemos. Hoy día es necesario completar las referencias ignacianas a la pobreza y humildad de Dos Banderas con la realidad histórica y sociológica de los pobres.

Juan XXIII poco antes del Concilio habló del tema de “la Iglesia de los pobres”. El Vaticano II, aunque no retomó esta expresión, afirmó claramente que la Iglesia, siguiendo a Cristo que siendo rico se hizo pobre (2 Cor 8, 9) y vino a evangelizar a los pobres (Lc 4, 18), no busca la gloria de este mundo y abraza a todos los afligidos por la debilidad humana y reconoce en los pobres la imagen de Jesús (LG 8).

Es necesario distinguir tres dimensiones en la pobreza:

– La actitud de pobreza evangélica de Jesús que lleva al desprendimiento de los bienes terrenos y a la confianza en el Padre, que es objeto de la primera bienaventuranza de Mateo, la pobreza de espíritu.

– La pobreza y miseria que sufren muchos hermanos nuestros, lo cual es algo malo y no querido por Dios, consecuencia del pecado de injusticia del mundo.

– Finalmente, la actitud de solidaridad y opción por los pobres precisamente para erradicar esta pobreza injusta; el erradicar esta pobreza es un signo del Reino (Lc 7, 22)

Estas tres dimensiones de la pobreza son inseparables si queremos tener una comprensión integral del tema de la pobreza. Por esto, el acercarnos a la Bandera de Jesús, el volver a Galilea, nos ayuda a comprender mejor que exis-

te una estrecha relación entre Jesús y los pobres. La afirmación de Benedicto XVI en *Aparecida* (2007) de que en toda fe cristológica está implícita la opción por los pobres²⁰, y las palabras del *Documento de Aparecida* de que «todo lo que tenga que ver con Cristo tiene que ver con los pobres, y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo» (392), nos ayudan a comprender que existe una estrecha connaturalidad entre la bandera de Jesús y los pobres, aunque Ignacio no lo haya desarrollado. La bandera de Jesús nos acerca a los pobres, nos lleva a solidarizarnos con ellos para erradicar su pobreza, y por otra parte los pobres nos ayudan a comprender mejor el mensaje de Jesús, pues ellos son los predilectos del Reino y a ellos han sido revelados sus misterios (Lc 10, 21).

Por eso, desde los pobres, más concretamente desde el Tercer mundo, los Ejercicios de San Ignacio se pueden comprender mejor que desde el Primer mundo desarrollado y rico, donde la pobreza queda más camuflada. Incluso ahora cuando con la migración los pobres del Tercer mundo irrumpen en el mundo rico y desarrollado, la sociedad del bienestar y la abundancia intenta cerrarles sus puertas. Es preferible que los pobres queden lejos, así su presencia no nos interpela. La pobreza de nuestro mundo que la televisión presenta de vez en cuando, no deja de ser un espectáculo sensacionalista y morboso que más que interpelar provoca el deseo de querer mantener a toda costa el estatus de bienestar del Primer mundo. Seguramente la crítica situación de la Iglesia en el Primer mundo (desafección

eclesial, crisis de fe, abandono de la Iglesia, indiferencia, agnosticismo...) está muy ligada a que desde el mundo de la abundancia muchas veces no se es sensible a la pobreza de la mayor parte de la humanidad, ni a su responsabilidad histórica en esta situación.

Los imperios coloniales occidentales primero, las empresas multinacionales luego y el capitalismo neoliberal del mercado actual, que tantos desastres han generado en el Tercer mundo y en la ecología planetaria, han sido liderados e impulsados por los “cristianos” del Primer mundo, que se han enriquecido con todo ello. No se trata ahora de generar sentimientos de culpabilidad sobre el pasado o el presente, sino de tomar conciencia de que nuestra fe en Cristo implica realmente una opción por los pobres y si ésta no se da, algo falla a nuestra fe cristiana.

Existe el riesgo de vivir en lo que J.B. Metz ha llamado un «cristianismo burgués», una acomodación del evangelio a los intereses del mundo burgués, ilustrado y moderno. Esto a la larga lleva a una devaluación del evangelio y a la pérdida de fe. Muchos, especialmente los jóvenes, lo que hoy rechazan es precisamente este cristianismo burgués, una Iglesia poco evangélica, que ha olvidado «la bandera de Jesús».

La clave kenótica de los Ejercicios está más presente en el Tercer mundo y desde el mundo de los pobres ser comprenden mejor muchas afirmaciones de los Ejercicios.

Ignacio Ellacuría, el mártir de El Salvador, ya hace años proponía que frente a la «economía de riqueza» del mundo capitalista y neoliberal había que

establecer una «economía de la pobreza», que debe entenderse no como una exaltación de la miseria, sino como una economía que ante todo desea conseguir que todos los habitantes de la tierra tengan lo suficiente para vivir una vida digna.

Otro jesuita, A. Pieris, desde Sri Lanka, formula muy bien esta conexión entre la bandera de Jesús y los pobres: «Allí donde se ama y se sirve a Dios, son los pobres y no la pobreza quienes reinan. Allí donde se ama y se sirve a los pobres, es Dios y no Mamón quien reina»²¹.

Y en otro lugar: «Jesús es Dios abogado a enfrentarse con Mamón; (...) Jesús es Dios en una alianza con los pobres»²².

El modelo hegemónico del capitalismo neoliberal que sacraliza el mercado y ofrece bienes materiales como bienes simbólicos de salvación y bienestar («fuera del mercado no hay salvación», «hemos llegado al final de la historia»), es un modelo que en el fondo deshumaniza a sus mismos defensores y explota a los pobres, excluye y genera masas sobrantes y desechables en la mayor parte de la humanidad. Es la versión histórica actual de la Bandera del enemigo de la naturaleza humana, que lleva a la muerte.

La actual crisis financiera del mercado mundial, la caída de Wall Street que como la caída del muro de Berlín marca una nueva era en la sociedad mundial, en el fondo es una crisis ética, una crisis de valores. Se ha absolutizado el lucro como criterio último, se profesa un individualismo egoísta e insolidario, se han privatizado las ganancias

y socializado las pérdidas, se ha destruido la naturaleza.

En esta crisis los pobres, los de siempre, son los que más padecen las consecuencias.

La Bandera de Jesús nos ofrece alternativas a este modelo hegemónico que lleva a la muerte y nos presenta una serie de valores que generan vida en el mundo y en especial en el mundo de los empobrecidos: solidaridad, compartir, respeto a la diversidad (cultural, religiosa, étnica y sexual), reciprocidad, opción por los pobres, aprecio de sus valores humanos culturales y religiosos, sentido de gratuidad y de fiesta, comunión con la tierra, confianza en el Padre, búsqueda de la paz. Otro mundo no sólo es posible sino que es urgente.

La Bandera de Jesús nos ayuda a tomar distancia tanto frente a la *pax americana* como a las estructuras religiosas y eclesiales que deshumanizan: la Bandera de Jesús lleva a la vida verdadera. Pero todo ello no es fácil, produce conflictos y de hecho ha producido en el Tercer mundo mártires por la fe y la justicia, por la humanidad y la vida, como aconteció con Jesús de Nazaret.

Por todo ello no es casual que se descubra una cierta connaturalidad entre la espiritualidad ignaciana de los Ejercicios y la teología latinoamericana liberadora²³ y otras teologías del Tercer mundo. Desde los pobres se nos revela otra imagen de Dios, diferente de la habitual.

A. Pieris expresa bien este concepto de Dios que se nos revela a través de Jesús de Nazaret y de la cruz y desde los pobres con los que él se identifica:

Estamos anunciando un concepto de Dios completamente nuevo, revelado en la cruz. Dios se ha deshecho, en la cruz, de las máscaras con las que pretendemos encubrir su rostro: Acto puro, Motor inmóvil, Divinidad inmutable, Poder impasible... En lugar de ello, alocada y escandalosamente (1 Cor 1, 23), Dios ha puesto al descubierto el verdadero ser divino como amor al que duele e incluso le descompone la ingratitud humana: un Dios que llora, suda y sangra haciendo suyo el dolor, el miedo y la desesperación de quienes comparten con Él la condición de víctimas en la tierra; un Dios que no vive a costa de otros, sino que muere para que otros puedan tener vida en abundancia; un Dios que no sólo opta por hacerse hombre, sino que se asocia, en la manera de vivir y morir, con las personas socialmente degradadas. Por tanto, las características divinas de este Dios no pueden expresarse adecuadamente en las categorías filosóficas de unidad, verdad y bondad, o inmutabilidad, perfección infinita y poder absoluto; antes bien, requieren términos soteriológicos concretos: amor y fidelidad, justicia y derecho, ejercidos de manera preferente con los pobres²⁴.

Los pobres nos ayudan a comprender cuál es la verdadera imagen del Dios bíblico, son un verdadero lugar teológico.

5.4. En el Espíritu

Volver a Galilea, completar el “*magis*” ignaciano con el “*minus*”, la cercanía a los pobres como lugar teológico privi-

legiado serían simples proyectos voluntaristas si no estuviesen animados por el Espíritu, por el mismo Espíritu que hizo nacer a Jesús del seno del María, el Espíritu que descendió sobre él en el bautismo y le ungió como Mesías, el que le llevó al desierto, el que guió toda su vida, el que le envió a evangelizar a los pobres, el que le dio fortaleza en la pasión, el que lo resucitó de entre los muertos.

Ignacio, como ya hemos visto, por miedo a ser tenido por alumbrado, una herejía de su tiempo, es muy parco en referirse al Espíritu. Sin embargo el Espíritu es el dinamismo que mueve toda la vida cristiana y el que también subyace a todos los Ejercicios. Como escribe M. Giuliani: «Esta presencia del Espíritu Santo, alma de nuestras almas, Ignacio no la define jamás, sino que la caracteriza por uno de sus efectos más indudables: *magis*, “más”»²⁵.

Por esto hay que pedir ser recibido bajo la bandera de Jesús, que bajo el signo de la cruz, es la que, por el Espíritu, nos da “vida verdadera”.

Sin esta referencia al Espíritu el seguimiento de la Bandera de Jesús podría llevarnos a una “jesusología”, a un humanismo social, bueno pero chato, que no respondería a la vocación humana más profunda, quedaríamos encerrados en la prisión de nuestra finitud²⁶. Jesús nos comunica el Espíritu y por el Espíritu nos abre al misterio Trinitario

de Dios, de modo que nuestra vida cristiana no sólo sea imitación de Cristo, sino vida “en Cristo”, vida en abundancia (Jn 10, 10), la “vida verdadera” que nos comunica la Bandera de Jesús. Cuando Ignacio pide a María que le ponga con su Hijo, está pidiendo que pueda entrar en el misterio de la comunión trinitaria. Esto es: “ser recibido” en la Bandera de Jesús, una gracia del Espíritu.

5.5. En conclusión

Dos Banderas son una invitación a descubrir el verdadero rostro de Dios, un Dios “diferente”, el rostro trinitario del Dios de la vida que se nos revela en el Jesús pobre de Nazaret y a no dejarnos ilusionar ni engañar con falsos ídolos de muerte, el Mamón de las riquezas de este mundo. Por esto el enfoque de Dos Banderas no es simplemente moral sino teologal y teológico: ¿a qué Dios queremos realmente servir?

La cercanía a los pobres, los pequeños, los insignificantes, presentes no sólo en el Tercer mundo sino también en la llamada sociedad del bienestar del Primer mundo, nos puede hoy ayudar mucho a descubrir esta verdadera imagen del Dios de Jesús. A los pequeños y pobres el Padre ha querido revelar los misterios del Reino (Lc 10,21). Los pobres, aunque ellos no lo sepan, han sido «puestos con el Hijo» y por esto nos enseñan a leer el evangelio.

1. M. COSTA, «Banderas», en GEI (GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA), *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Bilbao-Santander, Sal Terrae, 2007, Vol. I, pág. 211-221, con amplia bibliografía.
2. COSTA, «Banderas», pág. 212. En un párrafo de la Leyenda áurea que Ignacio leyó en Loyola, se dice, hablando de Agustín que «escribió sobre dos ciudades, Jerusalén y Babilonia, y de sus reyes respectivos, porque Cristo es llamado Rey de Jerusalén, y el diablo, rey de Babilonia. Estas dos ciudades son construidas, dice él (Agustín), por dos amores: porque es el amor de sí, que crece hasta el desprecio de Dios el que construye la ciudad del diablo, y es el amor de Dios que crece hasta el desprecio de sí, el que construye la ciudad de Dios».
3. K. RAHNER, «La lógica del conocimiento existencial en S. Ignacio de Loyola», en K. RAHNER, *Lo dinámico en la Iglesia*, Barcelona, Herder, 1963, pág. 94-95.
4. J. A. PAGOLA, *Jesús. Aproximación histórica*, Madrid, PPC, 2007, 5ª ed., pág. 312.
5. A. PIERIS, *El Reino de Dios para los pobres de Dios. Retorno a la fórmula de Jesús*, Bilbao, Mensajero, 2006, pág. 52-61.
6. PAGOLA, *Jesús...*, pág. 389.
7. P. H. KOLVENBACH, *La experiencia de Cristo en Ignacio de Loyola, en Decir al Indecible*, Bilbao-Santander, Sal Terrae, 1999, pág. 65-75.
8. V. CODINA, *Claves para una hermenéutica de los Ejercicios*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, 1993, Eides 12.
9. J. L. SEGUNDO, «El Cristo de los Ejercicios Espirituales», en J. L. SEGUNDO, *El hombre de hoy ante Jesús de Nazaret*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1982, tomo II/2, pág. 770-784.
10. D. LAÍNEZ, *Adhort in examen*, 7 (FN, II, 133), 1559.
11. *Diario espiritual*, 11-II-1544.
12. FN II, 527.
13. FN II, 190 y 307; MHSI, Nadal V, 40; 264.
14. P. ARRUPE, «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano», en P. ARRUPE, *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Santander, Sal Terrae, 1981, pág. 391-435.
15. NADAL, *Orationis ratio in Societate*, MHSI, Nadal IV, pág. 678.
16. 7.8.1547, BAC 817, citada en la CG 34, Decreto 2, 8.
17. J. RATZINGER - BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Lima, Planeta, 2007, pág. 64-69.
18. *Floreциllas de San Francisco*. Sobre la perfecta alegría I, cap VIII.
19. J. RATZINGER, *Fe y Futuro*, Salamanca, Sígueme, 1973, pág. 76-77.
20. BENEDICTO XVI, «Discurso inaugural de la V Conferencia del Episcopado latinoamericano y del Caribe» en *Aparecida*, 3.
21. PIERIS, *El Reino...*, pág. 52.
22. PIERIS, *El Reino...*, pág. 89.
23. V. CODINA, «Teología de la liberación y espiritualidad ignaciana», en P. E. ARNS y J. SOBRINO, *Teología y liberación, Ensayos en torno a la obra de Gustavo Gutiérrez*, Lima, Instituto Bartolomé de las Casas, 1990, vol 2, pág. 355-381.
24. A. PIERIS, *El Reino de Dios para los pobres de Dios*, Bilbao, Mensajero, 2006, pág. 92.
25. M. GIULIANI, *Acoger el tiempo que viene. Estudios sobre San Ignacio de Loyola*, Bilbao-Santander, Sal Terrae, 2006, pág. 51.
26. K. RAHNER, *Sobre la inefabilidad de Dios. Experiencias de un teólogo católico*, Barcelona, Herder, 2005, pág. 27-34.